

Alejandro Rossi

Un edén necesario

Adolfo Castañón

Alejandro Rossi, Premio Xavier Villaurrutia 2007 por su novela Edén. Vida imaginada, es uno de los prosistas más depurados de la literatura en nuestra lengua. En este texto Adolfo Castañón aborda la obra del gran narrador, filósofo y ensayista mexicano.

A José de la Colina

I

*Edén. Vida imaginada*¹ de Alejandro Rossi es un libro fascinante y de absorbente lectura. Deja en el paladar del lector un misterioso eco nítido y un caudal de preguntas. ¿Qué es una novela? ¿Qué es una gran novela? ¿Cómo distinguir una obra maestra? ¿Qué pasa en *Edén...* y qué pasó en el lugar llamado así? Una obra aterciopelada y sagazmente construida como *Edén...* se plantea con sencillez e irónica inocencia, entre otras cosas, como una relación de los tiempos felices de una familia en tiempos difíciles.

El tránsito de la niñez a la adolescencia de los personajes—Alex y su hermano—se cumple como un rito de paso entre la seducción de la fascinante Cheché—madre del personaje—y la pasión sigilosa por una muchacha de impecable y saludable belleza. La novela transcurre en un deportivo ir y venir infatigable entre salas de aeropuerto, hoteles, albergues, casas, residencias, continentes, trenes y barcos verificando, al sesgo como un breviario o guía del buen y del bien vivir. Un dato notable que presta fuerza a esta vez ruginosa narración es el de la seguridad y la convicción, por no decir la fe, de

¹ Alejandro Rossi, *Edén. Vida imaginada*, Fondo de Cultura Económica, Letras mexicanas, primera edición, México, 2006, 271 pp.



Alejandro Rossi

cada uno de los personajes en la *necesidad* de ellos mismos y de ese ameno mundo cosmopolita que habitan con la mayor naturalidad, como si no prestaran demasiada atención al orbe peligroso que *tienen* que recorrer (el de la Segunda Guerra Mundial y sus alrededores). Al leer *Edén...* de Alejandro Rossi revive en mí la emoción estética que han suscitado grandes obras de la literatura como, por ejemplo, la novela *El jardín de los Finzi-Contini* de Giorgio Bassani.

La ligereza, la levedad se tiende a confundir en nuestros tiempos con frivolidad

y banalidad, pero una novela extraordinaria—un animal perfecto— como esa caja de música mental que es *Edén. Vida imaginada* no corre el riesgo de pasar desapercibida. A una semana de publicada, la novela ya es reconocida y saludada entre los lectores más diversos como una obra clásica no sólo por su sobrio temple, por su armónica construcción y su aérea y sigilosa andadura, sino por los racimos de inolvidables e innúmeros detalles materiales (de la ropa y los calcetines a la calidad de la leche y de las casas) que la informan y la van esponjando en la mente del lector como un espejo inasible. La “vida imaginada” de la novela transcurre entre Italia, Venezuela y Argentina—y de hecho cabría leer este ejercicio de desdoblamiento y triangulación incesante como una historia de tres ciudades y de tres o más tiempos sagazmente involucrados e imbricados entre sí, o bien como una novela de detectives donde el reto es descubrir el momento en que aflora el amor. Transcurre la novela en hoteles, albergues y casas de familiares, en un pulso itinerante que va dando la pauta educativa de Alex y Félix, los dos hermanos que sostienen como dos columnas la techumbre argumental de la novela.

Edén. Vida imaginada—la primera novela de un autor que antes había escrito cuentos, relatos y ensayos de una rara perfección y que mucho antes había cumplido

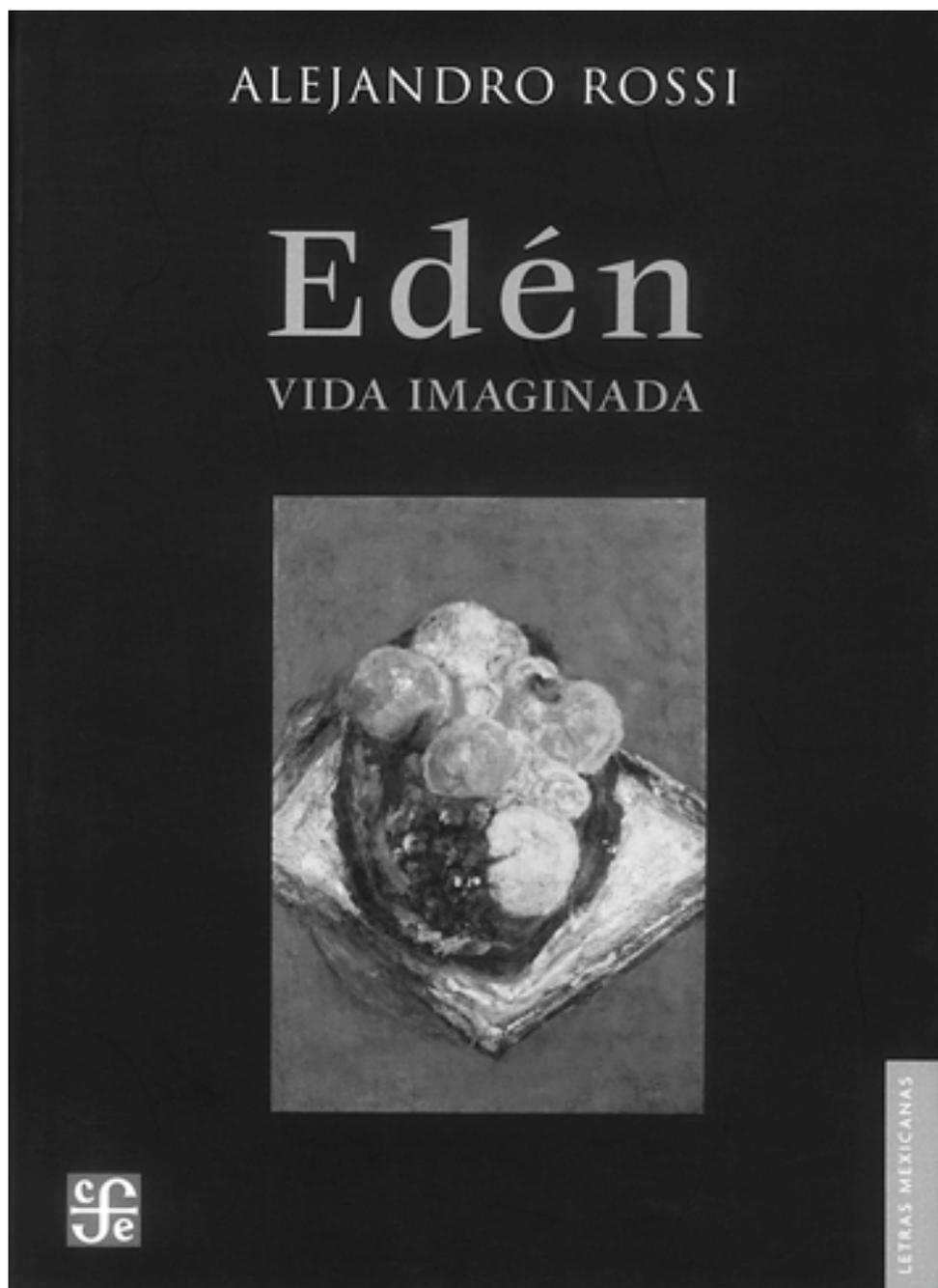
un severo y positivo itinerario crítico y filosófico— es también un canto de amor y admiración a la madre, a la vida saludable, a la vida verdaderamente vivida y alcanzada al fin —para saludar a Proust— y a un mundo que se levanta línea por línea con intacta lozanía. El mundo de *Edén...* ahí está y es impecable y terso, inolvidable, como una canción legendaria en torno a la familia, y en su trasfondo alienta un himno a una “ciudad” o a una civilización hecha de ceremonias, ritos y formas —un mundo, no sobra decirlo, glorioso, y como el de esas películas entrañables en las cuales nada es casual y todo pasa sigilosamente.

El autor ha insistido en una cautela: la historia contada e imaginada no es autobiográfica o confesional, pero quienes algo lo conocemos —a distancias variables a lo largo de los años y de los altibajos de los días—, podemos decir que *Edén...* no es tampoco un texto estrictamente impersonal y que —para quienes han tenido algún trato con el autor— resulta una obra ineludiblemente imbricada en su *imago*, en la *phantasia* que despierta en nuestro interior —y en el del autor mismo— ese actor que es el autor que es (a veces) la persona. La luz borgeana, aludida por Juan José Reyes, baña con vertiginosa fuerza la silueta deportiva del sujeto elocuente que se desdobra en Alex, Alessandro, Alejandro.

Pertenezco al número de quienes están condenados a leer *Edén...* desde el conocimiento y el trato con el autor, y no puedo dejar de leer o apreciar su novela sin tener presente la fuerza de su ascendiente personal, la soberana energía y la vivacidad de su inteligencia íntegra, plena, real y necesaria, para no hablar de la pegajosa condición onírica de una escritura que hace de *Edén. Vida imaginada* una maquinaria verbal y un lugar imaginario y, a partir de ahora, la denominación puntual de una actitud puramente narrativa, en definitiva de un *ethos* de la fábula y la ensoñación.

II

“¿Y usted conoció de veras a Manuel José Othón?”, le preguntó Jorge Luis Borges a Alfonso Reyes cuando lo conoció en Buenos Aires, en el departamento de Pedro Henrí-



quez Ureña. Al autor de *Reloj de sol* brillaron con malicia los ojillos rasgados de mandarín criollo y le replicó en inglés: “*Did you ever see Shelley plain?*”, citando unos versos de “Memorabilia” de Robert Browning que de algún modo reiteraban la pregunta del argentino: “¿Acaso alguna vez vio a Shelley cara a cara?”. Este tipo de preguntas zumbaban a mi alrededor durante mis primeros encuentros con Alejandro Rossi, en el verano de 1975, en la redacción de la revista *Plural*, dirigida por Octavio Paz y publicada por el diario mexicano *Excelsior* animado por Julio Scherer.

“¿Y tú conociste a José Gaos? ¿Y cómo era Martin Heidegger? ¿Y Gilbert Ryle? ¿Y

Raymundo Lida? ¿Y Rómulo Gallegos?”. Las preguntas me quemaban la lengua pero me mordía los labios y no las soltaba pues al fin y al cabo eso no era lo importante, me decía a mí mismo mientras corregía alguno de los textos de *El manual del distraído*, por ejemplo, el titulado “Puros huesos”, ayudado por la coordinadora Ana María Cámara, quien leía en voz alta como apuntador:

...me vino a la memoria la voz de Ortega y Gasset, escuchada en un disco hace años, en aquel departamento que tuvo José Gaos frente a la calle de Melchor Ocampo. Esa voz gruesa y como dejada caer, arrastrada en los finales de las frases, y que en esa época

me sorprendió por el tono tan de tertulia, tan de café. Un empleado canoso pontificando a las seis de la tarde ante sus víctimas de siempre.²

En realidad, no sé qué tanto importa para conocer la vida del espíritu, cuáles han sido los autores con que un escritor ha tenido comercio o trato, y Alejandro Rossi no es tampoco muy proclive al tosco ejercicio de andar por el mundo soltando nombres como un niño que reconoce a todos los habitantes de la tienda de muñecos. Eso no ha impedido desde luego que en el curso de viajes y andanzas, se me plante alguien, con sombra de precursor y cuerpo de epígono, y me pregunte: ¿Y tú: conoces a Alejandro Rossi? ¿Y cómo es?

La pregunta roza la persona pero en realidad quisiera dar en el blanco de un mito: el acertijo intelectual que representa la inteligencia en movimiento continuo de un escritor que ha sabido transitar con limpieza y entrega de la filosofía, la cátedra y el seminario al ensayo literario y de éste a la narración fulgurante; la adivinanza viva que encarna una inteligencia capaz de reconstruir los argumentos conceptuales más complejos —como en *Lenguaje y significado*— y de *salvary* comprender casi con fervor los hechos y pasiones más bochornosos e inquietantes de nuestra hispanoamericana historia (como en *La fábula de las regiones*), siempre con una lengua diamantina, un oído de afinador de pianos y un corazón intacto y bien nacido. He tenido la fortuna de leer y de oír leer a su autor no pocas de esas páginas suyas que parecen venir del país de los diamantes y donde cada rayo de luz semántica se arquea en sucesivos prismas y cadenas asociativas. El nombre del escritor hispanoamericano nacido

² Alejandro Rossi, *Manual del distraído*, editorial Joaquín Moritz, México, 1978, p. 16.

en Florencia en 1932 de una rancia familia italiana y descendiente de un ilustre libertador e insurgente hispanoamericano —de ahí la vivacidad de su sabiduría criolla— ha significado para un puñado de lectores americanos una contraseña, un argentino *shiboleth* que declara que, luego de las órbitas trazadas por el sistema estelar de la Triple B (Borges, Bioy, Bianco), más allá de donde las rocas sueñan, su breve obra abismal salva un espacio porvenir para las fábulas de la inteligencia, y es posible ver convivir en ella el baluarte y el jardín.

A pesar de haberlo leído y releído, de haberme embarcado en su compañía en conversaciones concéntricas que saben volver matemáticamente al puerto de partida, para mí Alejandro Rossi sigue siendo un misterio. No creo dominar las claves de su prosodia y a veces pienso que no sé si lo he conocido realmente. En todo caso, espero haberlo reconocido.

III

Es conocida la frase de Talleyrand a propósito de que sólo quienes hubieran vivido en el Antiguo Régimen previo a la Revolución Francesa, podían haber conocido *la douceur de vivre*. La edad dorada de la vida se asocia a la infancia, a la juventud y a los años de plenitud física. En términos mitológicos, la edad dorada evoca un ámbito primitivo y elemental. En esa edad de oro no había trabajo sino juego, y no existía la guerra. Los hombres vivían en armonía, y una ley natural imperaba entre los hombres y la creación. Esa edad dorada dejó en la memoria de los hombres el resabio de una dulzura y suavidad inolvidables. No sólo inolvidables: alimenticias.

La sal de la alegría y la felicidad, la sal de la admiración recíproca y la estima, de la gracia y el humor impregnan las páginas sa-

gaces, sensuales de *Edén. Vida imaginada* libro escrito por Alejandro Rossi, escritor de fronteras o entrefronteras, extraterritorial: ciudadano de varias ciudades, historiador de diversas historias, francotirador de las letras, Alejandro Rossi representa también un tipo inclasificable de escritor capaz de asumir y reinventar varios géneros y tonos.

¿A qué género pertenece *Edén. Vida imaginada*? ¿Es una novela? ¿Es una autobiografía? ¿Una fábula? ¿Cómo definir la perfecta inestabilidad de estas memorias y crónicas? ¿Cómo logra persuadir y convencer al lector de su fuerza? ¿Basta invocar la autosugestión que el autor tiene de la importancia y trascendencia de sus personajes?

La historia contada es sencilla; es el cuento de una familia acomodada que va y viene entre Europa y América. Es el cuento vivido por muchas familias hispanoamericanas que han tenido que recorrer —como la de Borges, Álvaro Mutis, Julio Cortázar o Salvador Elizondo— el mar Atlántico y en cuyas memorias hay un sabor ultramarino y cosmopolita. Familias que, al mismo tiempo que están orgullosas —orgullosísimas— de sus historias locales, saben poner en su lugar el cuento de las patrias y matizar y relativizar la ensalada de los valores nacionales.

Edén. Vida imaginada es ciertamente una historia de familia —la historia de dos hermanos, Félix y Alex— y de sus padres singulares y sensuales —Cheché y Remo, a quienes por cierto pocas veces se les llama “papá” y “mamá”. Es también una historia de iniciaciones y aprendizajes, ritos de paso y ceremonias secretas. Pero es también algo más: una geografía imaginaria, y escrita, una *topología* simbólica erizada de pequeñas y grandes claves, y ante todo una fina y refinada construcción literaria que sabe alternar en su tablero las piezas de un ajedrez de la verosimilitud temporal. Pues de la misma manera que los personajes transitan y se tras-

Casa encantada, castillo inmaterial de
destinos cruzados, jardín de laberintos,
Edén. Vida imaginada es un texto de lectura fluida
pero de intrincada arquitectura.



ladan de una ciudad a otra (como si nunca se cansaran de viajar) y viven con prisa (“la prisa divina de vivir”), van y vienen entre los pliegues del tiempo obedientes al imperativo categórico del narrador, a la necesidad de contar una historia encrucijada en varias.

Pero esta historia feliz, y a propósito de la felicidad, transcurre entre guerras, ejércitos y movimientos que enmarcan con sus sombrías cortinas las tramas doradas, deportivas de este cuento ágil y que versa sobre la agilidad y la destreza del vivir.

Cuento de dos familias y dos continentes. Obra finamente ensamblada, escrita con tenso impulso y velocidad atinada en sus aparentes desviaciones y digresiones. *Edén. Vida imaginada* es una construcción ejemplar.

Casa encantada, castillo inmaterial de destinos cruzados, jardín de laberintos, *Edén...* es un texto de lectura fluida pero de intrincada arquitectura. Sigiloso como

un arma mortífera, el ramillete de *ejemplos* que se cruzan, embobinan e imbrican, hacen del texto un libro no raro sino rarísimo de la literatura hispanoamericana en la medida en que el juego de la imaginación y de la verosimilitud se traslapan abismando al lector en un vértigo de posibilidades que se entrecruzan y de épocas que se absorben unas en otras. Libro eminentemente visual, recorrido por el arcoiris del humor y la paleta de la ironía, *Edén...* muestra a un escritor en la plenitud de sus facultades creativas, preñado de recursos y de invenciones tan placenteras como peligrosas. Obra de madurez, *Edén...* es un libro magnífico cuya lectura, una vez iniciada, no se puede ni se debe abandonar so pena de perder el encanto acumulado en sus traviesas músicas.

Observador minucioso, detallista, encarnizado maestro del pormenor y de la minucia, Rossi se ha dejado escribir un libro

inclasificable, se ha dado el lujo de perpetrar un acto de ilusionismo magistral donde, como en la pintura, la perspectiva es un juego, la luz cruda es castigo y la penumbra hospitalaria, la posibilidad misma de la narración.

Memoria intrínsecamente física, la de *Edén...* está animada por el amor y la pluralidad pero también por el deporte: desde las carreras de automóviles al fútbol, culminando en la natación, el deporte no es sólo registrado como ejercicio físico y sensación empírica: es también, un espacio de socialización, es la prolongación o complemento del mundo mundano —entre aburguesado, noble, diplomático— en que transcurre esta historia que podría ser leída como el reverso dorado e inteligente de *Corazón, diario de un niño* de Edmundo de Amicis, obra que da cuenta también, aunque de otro modo, de una educación sentimental. **U**